



REVISTA MARIANA MENSUAL

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Redacción y Administración: José M.^a Quadrado, 40. = 10 Cént. número

AÑO VI. *
*

CIUDADELA Y FEBRERO DE 1917.

* NÚM. 63.
*

SUMARIO:

Sección doctrinal: «Títulos de la Santísima Virgen». XIII. «Espejo de Justicia», por Mariano, pág. 9.

Sección histórica: «Ciudadela a la Virgen del Torón», pág. 11.—«Efemérides monte-torinas», pág. 11.

Miscelánea Mariana: «Balance anual», pági-

na 11.—«Balance del primer quinquenio», pág. 12.

Sección literaria: «Sor Fidencia», (continuación) pág. 13.

Folleto: «Selectas», novelas y narraciones cortas, recogidas en album, traducidas y arregladas expresamente para **Monte-Toro**, por el Dr. D. José Tudurí, Pbro.

SECCIÓN DOCTRINAL

TÍTULOS

DE LA

VIRGEN SANTÍSIMA

XIII.

ESPEJO DE JUSTICIA

HABIENDO agotado, por decirlo así, la Iglesia, todos los títulos que pueden servirla para honrar en María la doble cualidad de Madre y Virgen, pasa a otro orden de ideas a fin de ofrecerla nuevas alabanzas.

Y empieza invocándola bajo la imágen de un espejo que refle-

ja admirablemente el resplandor de la Majestad Divina. Con efecto, siendo verdad que el Verbo Eterno es la imágen y el esplendor de la gloria del Padre, ¿no es María la que refleja en sí, con la mayor fidelidad posible, los atributos adorables de este Verbo hecho carne? ¿No es Ella, la que se le asemeja más que todas las otras criaturas inteligentes? El Señor la había destinado a ocupar el primer rango entre todas las obras de sus manos, a ser, según las palabras de San Anselmo, superior a todo lo que no sea Dios, ¿podía dejar de adornarla con los dones y méritos más aproximados a sus infinitas perfecciones? Esto es lo que hizo decir a San Pedro Crisólogo «que el que contempla a

María sin arrabarse y extasiarse, desconoce a Dios, que hizo de Ella su imagen más perfecta y acabada.

Pero, ¿por qué la Iglesia la llama *Espejo de justicia*? En primer lugar, porque María es el espejo fiel, que tiene por nombre *sol de justicia*, cuyos rayos divinos dan calor y fecundizan las almas, haciendo germinar y florecer en ellas todas las virtudes cristianas, pues Jesús mismo nos designa el conjunto de las virtudes que abraza esta expresión, cuando nos dice: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia*; es decir, los que desean ardientemente ser perfectos y trabajan con celo y constancia en alcanzarlo. Hay, además, en esta palabra empleada aquí por la Iglesia, otro sentido bien digno de fijar la atención de toda alma piadosa, por ser fuente de inagotables consuelos y prestarse a grandes meditaciones.

El apóstol San Pablo llama «justicia» al estado de la gracia santificante que da derecho a la bienaventuranza eterna. Ese estado sobrenatural tan honorífico y tan precioso para el hombre, habíalo éste perdido, con su desobediencia, para sí y para toda su posteridad; pero inmediatamente después de su caída ya le

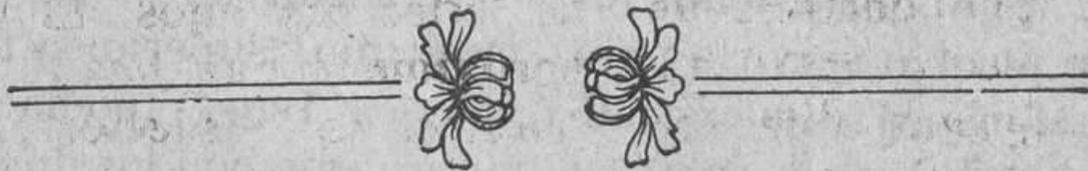
anuncia el Señor que una mujer quebrantaría la cabeza del que se la ha ocasionado, y desde entonces puede contemplar en esta hija de Eva, como en un espejo, toda la profundidad de su miseria, para cuyo remedio se necesita nada menos que un Hombre-Dios, así como la necesidad de la penitencia, sin la cual no podría aprovecharse del beneficio de la Redención que debía obrar el hijo de María.

Contemplando, pues, en la Santísima Virgen el favor inapreciable de nuestra libertad del pecado, guardémonos de imitar a aquel que, mirándose en un espejo y viéndose tal cual es, en toda su faldada, se olvida, sin embargo, apenas lo ha dejado de la mano.

Penetrémos, por el contrario, íntimamente de este pensamiento, a saber: «que nuestra emancipación del pecado nos ha hecho esclavos felices de la justicia, y que tanto como nos hemos servido, o por mejor decir, abusado de nuestras facultades para obrar el mal, otro tanto nos debemos aprovechar de ellas en adelante para nuestra santificación.

Virgen Santísima, *espejo de justicia*, rogad por nosotros.

MARIANO.



SECCIÓN HISTÓRICA

CIUDADELA A LA VIRGEN DEL TORO

«Sia p. sempre alabada N. S. del Toro.

«Hals 15 de Abril de 1619 se aportá N. S. del Toro per pregarías per aigue ha causa de hauer 4 mesos no auia plogut seli feu salue de tote la infanteria de Ciutadella y dispararen 6 pesas ab bala, asistiran ala profesó molts cauallers, y entra altras ani yo Marc Sanxo encara que indigne, ab atxas, el nombre de ellas sens siris ni altras llums ordinaris foren 114 atxas.

Gouernave en el interin lo Sr. Ramon de Torrella mallorqui asent jorats lo Sr. joan Amaller Doncell, lo Sr: joan Delmau lo honorable Chl. salort de la caualleria y Ramon canet menestral. Tot sia a ourra y gloria de N. S. del Toro. aporta N. S. lo Rt. Dr. joan Carreras, mon coñat, casat que fone en me jermana joana.

Hals 21 de dit sen portaren

N. S. de Toro y lo andema no poge tornar la profesó p. que nos dona una aige tan abundant que p tota la illa ploge tot lo dia sens parar un punt; gracias lin sian fetas puis en tanta nesesitat nos trobauan»

(D' un capbreu de memories de D. Marc Sanxo.)



EFEMÉRIDES

MONTE-TORINAS

21 DE FEBRERO DE 1746.—Con esta fecha firma en el Convento del Socorro de Ciudadela el Rdo. Padre Pdor. Fr. Bartolomé Rexach, Vice Proval de los Agustinos en Menorca, un oficio, mandando al R. P. Prior y Subprior del Toro «que faltando el uno del convento, no puede el otro dexarle» para el buen gobierno del Convento y atenciones de los devotos peregrinos.



MISCELAENA MARIANA

BALANCE ANUAL.—Al dar una mirada retrospectiva al año 1916, que ya pasó al dominio de la Historia, nuestro corazón experimenta sentimientos de verdadera alegría, al considerar cuan grande es el cariño que los fieles todos de Menorca profesan a su celestial Patrona la Virgen Santísima de Monte-Toro cuya

Imagen colocada providencialmente en el centro de la Isla atrae hacia sí con irresistible fuerza las miradas y los afectos de todos sus hijos. El número aproximado que hoy damos, a nuestros asiduos lectores, de las personas que durante el finido año fueron a postrarse a los pies de nuestra agraciada Moreneta, y el número todavía mucho mayor de los que impedidos por sus

achaques o por los azares de la vida, la visitaron en espíritu, dirigiendo su corazón y su mente cuando no sus miradas suplicantes hacia aquella montaña veneranda que guarda al objeto de sus amores, nos dice harto elocuentemente la entrañable devoción que sienten los buenos menorquines hacia la Virgen de Monte-Toro. *A siete mil seiscientas cuarenta y ocho* asciende el número de personas que, durante el mencionado año, han visitado la casa solariega de los hijos todos de Menorca, depositando su óbolo, a veces muy modesto, ante las plantas de su querida madre a la que manifestaron unos su agradecimiento por beneficios recibidos y otros quizá en demanda de otros nuevos. He ahí el resúmen general:

— VISITAS —

Primer trimestre

Enero . . .	135	} <i>Total.</i> 640
Febrero . . .	315	
Marzo . . .	190	

Segundo trimestre

Abril . . .	327	} <i>Total.</i> 5.303
Mayo . . .	4.084	
Junio . . .	892	

Tercer trimestre

Julio . . .	143	} <i>Total</i> 1.179
Agosto . . .	171	
Septiembre. . .	865	

Cuarto trimestre

Octubre . . .	165	} <i>Total.</i> 526
Noviembre. . .	187	
Diciembre . . .	174	

Total general . . . 7.648

PEREGRINACIONES Y EACURSIONES

De Ciudadela 3

De Mahón	5
» Alayor	6
» Mercadal	2
» Ferrerías	4
» San Luis	1
» San Cristóbal	4
» San Clemente	1
» Villa Carlos	3
» Fornells	1
	—
<i>Total</i>	<i>30</i>
	==

CURACIONES OBTENIDAS Y EX VOTOS
O REGALOS OFRECIDOS

Citaciones obtenidas y manifestadas	3
Ex votos y regalos ofrecidos	7
	—
<i>Total</i>	<i>10</i>
	==

BALANCE DEL PRIMER QUINQUENIO. — Habiendo, nuestra modesta Revista, entrado en el sexto año de su publicación, vamos a dar, a guisa de balance del primer quinquenio, una relación o resumen total de las visitas hechas a la Virgen por sus devotos, y que periódicamente hemos venido publicando en esta misma sección. Verdaderamente extraordinario y de gran consuelo para las almas amantes de la Virgen Santísima de Monte-Toro es el total que arrojan las sumas parciales anotadas en el Balance anual, ya que completan el número de *treinta y ocho mil doscientos ochenta y cuatro visitantes*, sobresaliendo el año de 1913 durante el cual se celebró la gran peregrinación diocesana que presidió nuestro amantísimo Prelado y que fué digno remate de las fiestas constantinianas realizadas en toda la

Diócesis, pues tomaron parte unos cuatro mil peregrinos. El número mencionado se distribuye en la forma siguiente:

Año de 1912	6.487
» » 1913	9.221
» » 1914	6.983
» » 1915	7.945
» » 1916	7.648

<i>Total.</i>	38.284
	====

Durante el mismo lapso de tiempo realizáronse *ciento cincuenta y siete* peregrinaciones o excursiones desde los distintos pueblos de la Isla, conforme el siguiente cómputo:

De Ciudadela	16
» Mahón	30
» Aiyor	30
» Mercadal	14
» Ferrerías	21
» San Luis	6
» San Cristóbal	17

De San Clemente.	6
» Villa-Carlos	7
» Fornells.	6
Otras	4

<i>Total.</i>	157
	====

Treinta y siete fueron las curaciones obtenidas y manifestadas en dicho quinquenio, subiendo a *cuarenta y uno* los ex votos y regalos importantes ofrecidos.

Sirvan los precedentes datos de consuelo para los fervorosos amantes de la Santísima Virgen y de poderoso estímulo para todos, a fin de que lejos de disminuir el número de visitantes, sea cada día más importante, ya que tanto se ha facilitado la áspera subida, gracias a las obras realizadas por iniciativa de nuestro Rdm. Prelado y mediante el óbolo de los devotos y admiradores de María Santísima de Monte-Toro.



SECCIÓN LITERARIA

SOR FIDENCIA

(Continuación)

Y al cabo de un mes de dudas y vacilaciones la bala de una pistola destrozó su cráneo en cien pedazos. ¡Pobre Claudio! El suicidio, como dijo muy bien Napoleón I, es un delito, nunca una acción heroica. ¿Qué valor demuestra el que tiembla delante de un revés

de la fortuna? El verdadero heroísmo consiste en sobreponerse a las desgracias de la vida.

XXII.

Betsabé, Fidencia y Ecequiel corrieron presurosos, atraídos por la detonación, hácia el lugar de la catástrofe, percibiéndose tres exclamaciones distintas ante tan repugnante y sangriento espectáculo.

Betsabé lanzó un ¡ay! desgarrador, horrible; pronunció el nombre de Oscar Thion, y exaltados indeciblemente los ojos, los brazos desmesuradamente extendidos, co-

menzó a gritar y a correr desconcertada, no de otro modo que si se hubiere verificado una revolución en su cerebro. Estaba loca.

Ecequiel pronunció también el nombre del infame, causa de tantos infortunios, jurando a fe de hombre de bien no descansar hasta dar con él y exterminarle.

Y mientras por uno y otro lado hendieron el espacio semejantes imprecaciones, Fidencia se abrazó al yerto cadáver de aquel a quien debía la existencia; le besó y arrodillada junto a él, se dirigió con dolorida voz a la Madre de los afligidos:

—Virgen mía, intercede por el descanso del alma de mi padre y por el perdón del que directa o indirectamente haya coadyuvado a su muerte.

Fidencia de Flix no podía aparecer más sublime.

XXIII

Muerto Cláudio, loca Betsabé, ¿qué había de hacer Fidencia? Lo que hizo: vender el edificio de la fábrica, imponer su importe en el Banco del Estado y establecerse en París, donde había mayores probabilidades de que su madre recobraría la salud al cuidado de los médicos más distinguidos.

Sin embargo todo fué inútil. Al cabo de tres años de continuos desvelos, de sobresaltos é inquietudes, llegó a tal punto la enferma, que los doctores, agotados los baños, los paseos solitarios, la música y demás recursos de la ciencia, no hallaron otra cosa que recetarla que el aislamiento en una de las salas del inmediato manicomio de Bicetre.

Betsabé estaba desconocida. Es-

cuálida, descolorida, parecía un espectro evocado de las sombras de una noche de tempestad. Daba lástima verla. Su idea constante era tirarse por el balcón o arrojarse por las escaleras. Y gracias a que Ecequiel no se apartaba de su lado y la salvaba del peligro. Otras veces se sentaba en el suelo, en cualquier parte, y sacando una cartera, leía estos, con preferencia a otros apuntes:—«1820: se establece mi padre en Saint Jean.— 1830: me caso con Cláudio; muere mi padre; me escribe desde París mi tío Hipólito dándome el pésame y la noticia de que tiene un hijo, Oscar, que ha ocasionado la muerte a su madre.—1833: recibo una carta de mi prima, la hermana de Oscar, en la que me dice que aquél ha matado a disgustos a mi tío y se ha huido con el dinero que ha podido haber a las manos.» Después continuaba en frases tan incoherentes como las que siguen:

—Oscar era un malvado; por qué se casaría con el mi hija?... ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Y luego dirán que el queso de Rochefort no es exquisito!... ¡Oh! La Virgen es muy hermosa... A ver, yo sé mucha geografía; Saint-Jean es el barrio más malo de París; Arlés es el mejorillo... ¡Av! ¡Ay, de mi! ¡No maltrateis á mi Fidencia! ¡Matadme a mi primero!... ¡Uf! ¡Que calor! ¡Cuánto me duelen las sienas! ¡Parece que me las están golpeando con un martillo!... Tengo sueño!

Y la enferma caía en el letargo más profundo.

Escenas tan desconsoladoras desgarraban el corazón de la pobre niña; pero ¿cómo enviar a su ma-

dre, a su querida madre, a una casa de locos?

Así como la víbora, uno de los animales más dañinos, da de sí un remedio para ciertas enfermedades del estómago, la muerte, mal de los males, ocasiona un bien no pocas veces. De esta manera una congestión cerebral se adelantó a

poner fin a un tiempo a los padecimientos físicos de Betsabé y a los morales de Fidencia.

XXIV

En el alma de la hermosa adolescente había algo del heroico deudo de Judith, del entusiasta valor de Juana de Arco. Por eso al verse huérfana, sola en la tierra,

cir que la servilumbre del castillo, conocedora del hecho, apenas aunado, se habría apresurado a esparcir la noticia por el país, para que llegara a oídos de su mejor amigo, el Doctor Araldí que, tantas veces, iba a visitarle para jugar una partidita de naipes, quién habría puesto el grito en el cielo, contra el cobarde Conde, al saber que se había dejado subvugar por el suave poder de Elena, abjurando, para siempre, de su alta dignidad de hombre libre...

A decir verdad, esta idea le atormentaba atrozmente, y cuanto más discurría, tanto más se alegraba de haber resistido a su esposa, si bien estaba furioso, a pesar suyo contra ella y contra sí mismo.

Cansado, al fin, y renunciando, de buen grado, la lucha con el detestable cigarro, lo echó, rabiosamente, al fuego, al lado del tronco que humeaba siempre, y hun-

que era un fragoroso sonido de trompetas que tocaban lejos... muy lejos... Con tal estrépito, muy familiar a sus oídos de antiguo oficial de caballería, el Conde se reanimó... ¡Oh prodigio! Eran, sin duda, instrumentos de latón los que sonaban así, pero ¡que extraña y curiosa charanga!... Entretanto el ruido se acercaba, por momentos... ¿Qué tropa extravagante podía circular, en aquella hora, por el bosque vecino al castillo? El Conde, alzándose precipitadamente, corrió a la puerta del vestíbulo para ver mejor, que cosa fuera. ¡Oh maravilla de las maravillas!... Ante sus ojos aturcidos, desfilaba un largo y expiéndido cortejo, cuyas primeras filas estaban a dos pasos de su persona.

A la luz centelleante de cien antorchas multicolores, un sorprendente escuadrón de caballeros, magníficamente vestidos de blan-

sin otro amparo que el de la Virgen, llamó a Ezequiel para decirle:

—Es preciso hacer almoneda de mis muebles.

—¡Como! ¡Trata V. de que nos separemos!

—No por cierto.

¡Cuánto me regocijan sus palabras! Yo que nací y me he criado en compañía de sus padres de usted, que he visto crecer a V. desde niña, preferiría una enfermedad a separarme de su lado.

(Continuad.)

Tip. y Lib. del Sagrado Corazón de Jesús. — Ciudadela.

diéndose en un gran sillón, púsose a decir tonterías contra «las ideas ridículas de las mujeres, que no logrando poner un freno a sus deseos, no saben que inventar ya, para embrollar y turbar la vida.» ¡Su esposa, huelga decirlo, no había perdido aún, seguramente, la caprichosa esperanza de convertirlo y había escogido para el primer ataque, la noche misma de Navidad! No había fracasado del todo, pero, por otro lado, debía recordar muy bien que no estaba dispuesto el Conde a hacer un acto de complaciente hipocresía y que lastimosamente perdía el tiempo si pensaba tocarle en un gazmoño credulón.

¡El, Juan de Montalvo, creer todo los embustes de la religión católica!... ¡Voto a cien mil de a caballo!... ¡Ni soñarlo siquiera!... Y el Conde movería, desprecitivamente, las espaldas, mientras alzaba sus ojos al cielo-raso. ¡El tránsito

por el Mar rojo, a pié enjuto; la ballena del buen Jonás, las trompetas de Josué, y por añadidura, por ser cosa del tiempo, la maravillosa historia de los Reyes Magos! ¡Ah!... Los Magos que llegan... con su mirada fija en el cielo... con Melchor a la cabeza... bajo la influencia de una estrella rutilante que les muestra el camino!... ¡Qué ridículo, qué cursi!...

Su esposa creía todas estas tonterías y pretendía que él las creyese también, cual si fuera un niño de la escuela o un rufo campesino... ¡Oh las mujeres! El Conde estaba nervioso y se preguntaba a sí mismo, qué cosas sucederían al día siguiente. En el castillo no se oía el menor rumor, salvo el *tic tac* del gran reloj de péndulo, suspendido en el muro de la sala.

El Conde comenzó a meditar hondamente. ¡Cielos! Un ruido extraño vino a distraerle. Dirías: